EL ANGEL
DE LA CARIDAD

POEMA EN TRES CANTOS

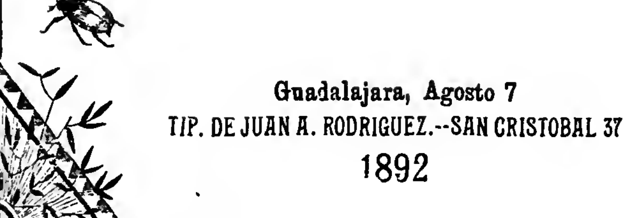
DE

Jesus Acal Ilisaliturri

EN EL CENTENARIO

DEL FALLECIMIENTO DEL ILUSTRE FILÁNTROPO

FR. ANTONIO ALCALDE





Guadalajara, Agosto 7
TIP. DE JUAN A. RODRIGUEZ.--SAN CRISTOBAL 37
1892



—EL—

ANGEL DE LA CARIDAD

(Fray Antonio Alcalde)

POEMA EN TRES CANTOS

de Jesus Acal Ilisaliturri



INVOCACION

¡QUIÉN, padre, como yo tiene derecho
Para cantar tu celestial figura!
Siempre he tenido en tu hospital un lecho
Do con amor mi enfermedad se cura,
Y no estaré en la vida satisfecho,
Aunque sea infinita mi ternura
Mientras me falte inspiración y brío
Para cantar tus glorias, padre mío!
Extinta está de inspiración mi mente;
Mas cuando el labio con amor te nombra,
Se alza amoroso el corazón y siente
Que se destaca de la triste sombra
Como un nimbo de gloria refulgente,
Y aunque tu tipo colosal lo asombra,
Como es del corazón tu gloria santa
Entusiasmado el corazón la canta.

Héroe inmortal de la virtud! al arte
No arranco yo su celestial aliño
Ni acentos al laud, para cantarte;
Me basta ¡oh padre! mi filial cariño
Y le basta á mi espíritu adorarte:
Que no un laurel sobre tu frente ciño.
Yo como incienso ante tu altar de santo
Vengo á verter de gratitud el llanto.

Que con almo laud otros cantores
Conquisten al cantarte las preceas:
Yo no puedo aspirar á los honores
Que conquistan el arte y las ideas
Yo no te elevo expléndidos loores,
Sólo te digo que bendito seas
Y quiero en vez de alzarte himnos de gloria
En canto humilde referir tu historia.

CANTO I

LAS DOS MAJESTADES.

INMENSA nube en el espacio flota;
Cárdeno fuego en sus entrañas brilla
Y la centella de su seno brota
Describiendo brillante culebrilla,
Y al fin tremenda tempestad azota
Los montes y las vegas de Castilla,
Y alumbran los eléctricos efluvios
Doquier destrozos y doquier diluvios.

Al fragor de los raudos vendabales
Se une el confuso coro de alaridos
De mil amedrentados animales
En los cerros y llanos sorprendidos
Por los celestes rápidos raudales,
Y se alejan temblando y ateridos
A buscar en la cueva ó la nidada
Un refugio á su vida amenazada.
Regocijados van los labradores,
Que nunca ven en la tormenta daños,
Sino una grande ayuda á sus labores,
Al pié de las encinas y castaños
En armónica unión con los pastores
Que cuidan de amparar á sus rebaños.
Buena cosecha con placer predicen,
Alzan los ojos y al Señor bendicen.
Mirad allá atraviesa en el boscaje
Un grupo de jinetes que ligero
Vá galopando en pos de un hospedaje:
En partida de caza, el aguacero
Ha sorprendido á un alto personaje:
Su Majestad Don Carlos el Tercero.
La cabalgata rápida se pierde
Y penetra al convento de Valverde.
¿Quién duda que la regia caravana
Debe tener un gran recibimiento?
Escuchad: ya resuena la campana
Que reune á los frailes del convento:
Ved cómo en toda la mansión cristiana
Se nota inusitado movimiento
Y ya por fin la palaciega gente
De la comunidad se mira al frente.

Es saludada la real visita
Por el Prior del convento, el Soberano
Sabe que falta un fraile, se le cita,
Fray Antonio se llama, es un anciano,
Y gran curiosidad del rey exita
La ausencia excepcional de aquel hermano.
Se le envía llamar bajo obediencia
Del poderoso rey á la presencia.
El buen fraile se encuentra reverente
Ante una calavera arrodillado:
Hay un rayo de Dios sobre su frente
En su semblante triste y estenuado
El sello se contempla indeficiente
Del ángel puro por el cielo enviado
A ser en este mundo tan mezquino
Representante del amor divino.
Y como es del Señor representante,
Habla con el Señor, puesto de hinojos.
La orden del Prior recibe y al instante
Al fraile que la ha dado, sin enojos
Y sin tono soberbio ni insultante
Y sin bajar sus inspirados ojos
Así contesta con divino celo:
¡Estoy hablando con el Rey del Cielo!
Palabras tan sublimes como extrañas
Que han sido ya la admiración del mundo
Y que á todo mortal que tenga entrañas
Conmueven de entusiasmo sin segundo,
Asombraron al rey de las Españas
Causándole respeto azás profundo
Y anhela conocer á aquel hermano
Que sabe que hay un solo Soberano.

Al escuchar aquella negativa
¿Pudo pensar la coronada testa
Que era contestación de una alma altiva?
Mil veces no! que quien así contesta
Es quien llevando la mirada arriba
Poca atención á lo de abajo presta,
Es un ser de l' altura desterrado,
Jamás altivo, siempre levantado.
En el instante aquel Carlos Tercero
Debió hacerse tan altas reflexiones,
No obstante su carácter altanero
Que era típico en todos los Borbones;
Porque el mérito grande y verdadero
Que se sabe imponer á las naciones
Más de un sólo mortal se enseñorea,
Por más que ese mortal monarca sea.
"Conducidme á la celda de ese hermano:
Le quiero conocer." Dice el monarca
De la mitad del mundo soberano,
Y el que amedrenta si la ceja enarca
Se inclina humilde ante el humilde anciano
Que orando está. Quien con poder abarca
Grandes pueblos, contempla respetuoso
La celda del anciano religioso.
Qué celda! pequeñísima y sombría;
Húmeda y triste cual mazmorra era:
Por único mueblaje se veía
Dos durísimas tablas de madera
Donde el fraile tal vez nunca dormía,
Un crucifijo y una calavera
Y en medio de aquel cuadro desolado
El pálido varón arrodillado.

Al contemplarlo el rey ni un movimiento
Hizo siquiera: en éxtasis profundo
Siguió fijo en el duro pavimento,
Más que dormido: fuera de este mundo:
Inspirado entonaba sin acento
Un canto apocalíptico segundo.
Era aquella actitud de augusta calma
La apoteosis celestial del alma.

Compara el rey la celda á los salones
Del alcázar real y su persona
Con la del fraile, lleno de emociones,
Y se avergüenza de tener corona
Y cuando circuido de ovaciones
El convento de frailes abandona
Dice: ¡Quién de tal modo me domina
Encarna aquí la Majestad divina!

CANTO II

EL FRAILE DE LA CALAVERA.

HABÍAN ya dos años transcurrido
Desde que el rey Don Carlos el Tercero
Había en el convento resistido
Con su séquito noble el aguacero.
Un episodio tal, en el olvido
Sepulta el tiempo al caminar ligero
Y más para la mente de un monarca
Que mil ideas sin cesar abarca.

Por entonces el rey preocupado,
Del pueblo con los grandes escaseses;
Se hallaba en las negocios engolfado;
Por otra parte, bélicos reveses
Llegó á tener: habían ultrajado
La bandera española los ingleses
Y hacía en Carlos explosión furiosa
La borbónica sangre belicosa.
Encerraba su mente soberana
Lo que mente común jamás encierra:
Que cabe apenas en el alma humana
Lo que alivia mezclado á lo que aterra:
La dulce luz de caridad cristiana
Y la terrible sombra de la guerra:
Libraban en el rey los más violentos
Combates tan contrarios pensamientos.
En tanto que las leyes abolía
Que á los pueblos causaban exacciones
Y los preciosos granos repartía
A las menesterosas poblaciones,
Guerreros planes sin cesar urdía
Y levantaba fuertes batallones.
Daba pan y consuelos y esperanzas
Meditando exterminios y venganzas.
Ah! cómo en extrañísimas querellas
Reuniría su ardorosa mente
Imágenes terríficas y bellas,
Bien así como rapida corriente
Retrata nubes y retrata estrellas;
Crepúscolos y auroras igualmente.
La mar no junta tempestad y calma:
¡Es más inmensa que la mar, el alma.

En el estado aquel febricitante
El rey, de Nueva-España es avisado
De que la sede episcopal vacante
Quedó de Yucatán, y preguntado
Por algún personaje interesante
Quién debía ocupar el Obispado,
El rey le contestó de esta manera:
"Yo nombro al Fraile de la Calavera."
¿Quién es, Señor?—"Un fraile del convento
De Valverde: si vive todavía
Confiero á él de obispo el nombramiento,
Fray Antonio se llama. Cierto día
Lo ví en su celda, y me bastó un momento
Para sentir por él la simpatía,
Esa atracción de misterioso encanto
Que el alma siente al contemplar un santo.
Bañada en triste palidez su frente
Se eleva hacia el cielo sin sonrojos
Mostrando una alma de ángel, transparente,
Y en el fulgor de sus tranquilos ojos
Pura brillaba su conciencia ingente,
Oraba puesto con piedad de hinojos
En la celda más pobre que yo he visto
Ante una calavera y ante un Cristo.
Al mirar aquel hombre sin segundo
De monje envuelto en el humilde traje
Postrado ante un despojo tan inmundo
Y ante Cristo, yo ví en el personaje
Un medianero entre el Creador del Mundo
Y nuestro pobre terrenal linaje:
Como la efigie del humano duelo
Amalgamada á la piedad del cielo.

Jamás me pasarán las impresiones
De aquel momento para mí sagrado
En que miré las pálidas facciones
Del angélico espectro arrodillado,
De aquel ser cuyas puras oraciones
Al cruzar por el éter azulado
Debieron ser ante el Creador inmenso
Preciosas nubes de divino incienso.
Hombres como ese son providenciales:
Representan la paz en esta guerra
Que libramos los míseros mortales,
Y quien una misión tan alta encierra
Se asfixia entre los aires conventuales:
Ese hombre es de los Cristos de la tierra
Vaya con celo y con amor profundo
A ser un redentor del Nuevo-Mundo.
Recíbanlo mis hijos los indianos
Como padre amoroso: sus acerbos
Dolores cure con piedad. Tiranos
Habrá tal vez infames y protervos,
Mas que haga el nuevo Obispo sólo hermanos
De quien hicieron mis soldados siervos
Y haga que surja para aquel abismo
El purísimo sol del Cristianismo."
Tal dijo el rey Don Carlos el Tercero
De aquel fraile olvidado de Valverde,
Del fraile aquel á quien el mundo entero
Nunca jamás en el olvido pierde.
¡Quién que no tenga un corazón de acero
Habrá que enternecido no recuerde
Al ángel puro, cariñoso y santo
Que ha de un siglo enjugado el triste llanto?

¿Qué santo no es humilde? Y aquel hombre
Se resistió á aceptar el nombramiento
De Obispo de la diósesis: no asombre.
Pero por fin un alto sentimiento
Movió su corazón: de Dios en nombre
Se le impuso el sagrado mandamiento
De hacer aquello que á la cruz eleva:
¡Cantar el himno de la Buena nueva!
Y vino á Yucatán en compañía
De Alonso y de Rodríguez: dos varones
En quien el celo religioso ardía
Y...... Dejadme que pida inspiraciones
No al estro débil de la musa mía
Sino á Dios porque en épicas canciones
Debe mirar la humanidad entera
Al Fraile de la humilde Calavera.

CANTO III

EL AÑO DEL HAMBRE

LÚGUBRE y angustiado Jeremías,
¡Donde tu lira está con su infinito
Dolor que lamentara en otros días
Las formidables cóleras de Tito
Y de Salem las hondas agonías!
Enséñame á gritar con ese grito
De tu lamentación. ¡Quién se lamenta
Cual tú! Quién canta mi ciudad hambrienta!
Oh! mi cara ciudad ¡con qué tristeza
Late mi corazón despedazado
Al mirar esos cuadros de amargura;
Pero es preciso ver ese pasado
Para admirar la celestial figura
De aquel apóstol dulce y abnegado
Que en la mortal desolación descuella
Como en lúgubre noche blanca estrella.

Hombres, mujeres, débiles infantes,
Decrépitos doquier, descoloridos
Dejan el triste hogar y agonizantes
Pululan por las calles, parecidos
A pálidos espectros ambulantres
Que dejan sus sepulcros ateridos
Y vagan de la noche en el misterio
Por las calles del triste cementerio.

¡Cuántas lívidas bocas balbucientes
Pidiendo apenas pan, y cuántos ojos
Girando ya sin luz, y cuántas frentes
De pensamientos sólo con despojos!
¡Cuántos seres caídos y murientes
Y cuántos compasivos y de hinojos
Junto de aquellas sombras funerarias
Levantando las últimas plegarias!

Escuchad! escuchad! De angustia llena
Resuena un grito de dolor profnndo;
Es de una madre en cuyo triste seno
Falta el vital licor, y moribundo
Mira á su hijito, ayer hermoso y bueno.
Contemplad ese anciano gemibundo
Arrodillado hacia los cielos mira,
Convulso cae y sollozando espira.

Mirad aquella joven destrenzada:
Con su lamentación el viento hiere
Y corre por las calles desolada,
Débil, con sus dolores fuerza adquiere:
Vá gritando con voz desesperada
¡Se me muere mi madre! ¡se me muere!
Para su madre al implorar consuelo
De pronto ved que se desploma al suelo.

Pero ¿adónde el concurso desdichado
Se dirije con pasos vacilantes?
Ved, ya llega al dintel del Obispado
En donde se hallan dos representantes
De Fray Antonio, el inmortal Prelado,
Repartiendo limosnas abundantes;
Son Alonso y Rodríguez, coadjutores
De Alcalde en las santísimas labores.
Ahí á la multitud se dá el sustento:
No con la ostentación de pompa vana
Sino con ese puro sentimiento
De la sublime caridad cristiana.
No á la mendicidad es llamamiento
Es el amor á la familia humana,
Que Fray Antonio con amor sin nombre
Siempre un hermano contempló en el hombre.
La dignidad de Obispo no transforma
Nada en su ser y la virtud bendita
Prosigue siendo su constante norma.
No tiene lo que más se necesita,
Con menos que los otros se conforma,
Dá, en cambio, á todo aquel que solicita,
Con mano liberal y nunca niega
Ningún consuelo al que á su lado llega.
En el año terrible en que asolara
El hambre con su garra furibunda
A la triste infeliz Guadalajara,
Se vió surgir la caridad fecunda
Del noble apóstol, la virtud tan rara
Que aún de luz el corazón inunda:
Que todo aquel que la grandeza siente
Dobla ante Alcalde con amor la frente.

No fué el hambre tan sólo el despiadado
Azote que terrífico te hería,
¡Oh mi suelo natal idolatrado!
También la peste, la terrible harpía
En tus hijos clavaba su acerado
Puñal. Tu pobre pueblo se moría
A veces sin auxilio y sin consuelo
De las plázas y calles en el suelo.
Entonces fué cuando se alzó sublime
De Fray Antonio la inmortal figura,
Ángel de Caridad que te redime
De la más espantosa desventura:
"He de aliviar á la ciudad que gime
Ahora y en la época futura,"
Dijo, y para los hijos del quebranto
Alzó el apóstol el hogar más santo.
Ahí está su Hospital, sagrado templo
Donde la caridad su culto tiene,
Mansión de amor y de virtud ejemplo;
Pedestal poderoso que sostiene
Al divino varón. ¡Cuál lo contemplo
Objeto ahí de adoración perenne!
¡Oh cuántos corazones forman ara
A tu gran redentor, Guadalajara!
¡Oh cuántas veces pálido y doliente,
Herida el alma y desgarrado el pecho
Fuí á reclinar mi dolorida frente
De ese asilo sagrado sobre un lecho
Y al recibir consuelos, tiernamente
En las más dulces lágrimas deshecho
Y con las más divinas emociones
Al Santo dirigí mis oraciones.

Tú me abrigaste cuando tuve frío
Y pan me diste cuando estuve hambriento
Y panacea en mi dolor impío!
Cántete el bardo con solemne acento:
Yo no puedo cantarte, ¡padre mío!
Sino con mi piadoso sentimiento.
Verás escrito cuando en mi alma leas:
¡Angel de Caridad, bendito seas!

